

UN FRIVOLO CAMINITO

Como de costumbre, también este año le tocó al Teatro Caminito ser el encargado de abrir la ya habitual y estimulante temporada de teatro al aire libre que se desarrolla en parques y paseos de la ciudad de Buenos Aires con el auspicio de la comuna. El mérito, como de costumbre también, no dependió tanto de Cecilio Madanes, director de Caminito —que lo tiene, sin duda, por ser un promotor ejecutivo y un empresario previsor— como de la característica morosidad de los paquidérmicos organismos municipales. Este año, el inevitable mecanismo de expedientes conformó el desideratum en la materia gracias a las interferencias de todo tipo, comenzando por las personales y terminando en las políticas, que postergaron una decisión temprana sobre el destino de los teatros al aire libre. Así, tal como están planteadas las cosas, se pierden los beneficios de planes orgánicos, se fuerza a la improvisación y se obliga a los elencos finalmente elegidos, agrupados en cooperativa, a correr riesgos económicos obviales en gran medida. Y algo más aún. Entre diciembre y marzo —porque ese debería ser el lapso aprovechable— hasta sería posible pensar en dos espectáculos para cada uno de los teatros, de manera de dar cabida a otros grupos meritorios marginados por la sórdida lucha de influencias. Pero en fin, esto de la adjudicación de los teatros al aire libre es una historia bochornosa que acaso no llegue a develarse nunca ni a rescatarse de los herméticos vericuetos de la burocracia.

Cecilio Madanes eligió para la octava temporada del Teatro Caminito una comedia musical, "La pérgola de las flores", ya juzgada por el público argentino. Hace apenas dos años, en setiembre de 1962, la representó entre nosotros el Teatro de Chile, agrupación profesional extraída de la Universidad Católica del país trasandino, en el

LA PERGOLA DE LAS FLORES

Comedia musical de Isidora Aguirre y Francisco Flores del Campo, en adaptación para el Teatro Caminito de Cecilio Madanes. Intérpretes: Gloria Montes, Mercedes Escribano, Nené Malbrán, Alicia Ponce, Gabriela Eberle, Martha Ferrer, Carmen Vaccaro, Margarita Ventura, Carlos Fioriti, Rubén Fragiácomo, Héctor Da Rossa, Abel Ferré, Mauricio Sola, Víctor H. Vieyra, María Baltazar, Olga Calderazzo, Gloria Jaisén, Aurora Picón, Antoinette San Martín, Elizabeth Simons, María Inés Maderal, Ada Zanet, Miguel A. Castro, Tino Pascali, Valeria Riz, Edelma Rosso, Carlos Alvarenga, Hugo Ramos, Rogelio Romano, Laura Escalada, Juan Angel Voza, Elena Lucena Amanda Beitía y Jorge Luz. Dirección: Cecilio Madanes. Escenografía: Miguel Angel Lumaldo. Coreografía: Crandall Diehl. Vestuario: Eduardo Lerchundi. Orquestaciones: Roberto Lar. (Teatro Caminito de la Boca, 13 de diciembre de 1964).



Teatro Municipal Gral. San Martín. Fue una breve temporada que reeditó el éxito que el espectáculo había alcanzado desde su estreno en Santiago y que todavía perdura hasta el punto de haberse transformado en un hecho excepcional en la historia del teatro chileno. De modo que, en principio, la elección de Madanes no pudo ser menos original y, en definitiva, más gratuita. Madanes se aplicó otra vez a una premisa espectacular, sin extremar el rigor en cuanto a la elección de un texto que estimulara una proyección artística superior para el teatro boquense que dirige. Hay como una responsabilidad que Madanes se empeña en eludir en este sentido. Caminito, gracias a su habilidad y a sus aptitudes, se ha convertido en una institución que corre el riesgo de reducirse a la condición de frívolo atractivo turístico. El director debería encaminarla, contando como cuenta con el visible apoyo de una considerable corriente de público, en un centro artístico capaz de cumplir una labor cultural trascendente. "La pérgola de las flores" es, en cambio, una de las notas más débiles del repertorio, en general poco riguroso, ofrecido hasta el presente por el Teatro Caminito; tanto por los menguados valores de la obra como por los restringidos logros del espectáculo. La comedia musical de Isidora Aguirre ("Población Esperanza", en colaboración con Manuel Rojas, y "Los papeleros", son dos excelentes dramas suyos también conocidos del público porteño), con música y canciones de Francisco (alias Pancho) Flores del Campo, se abona en situaciones y tipos definitivamente chilenos. Porque el conflicto creado entre el municipio de Santiago y las floristas de "la Pérgola" ocurrió verdaderamente y porque los personajes tienen características nacionales bien definidas, características que no perdieron del todo aún cuando los autores hayan apelado a una suerte de sutileza que les restó un mayor entrañamiento prototípico. Es decir, aún cuando los aproximaron peligrosamente a fórmulas norteamericanas, y no auténticas, del género ("Mi bella dama", "Lili") bastante transitadas. Sea como fuere, "La Pérgola de las flores" propone un espectáculo amable, intrascendente, visualmente agradable, anecdóticamente endeble, formalmente convencional, ingenuo, fresco y medianamente divertido.

Pero para que todas estas posibles variantes se den reunidas, es menester que la puesta en escena se exprese con rigor de estilo, que es lo que en este caso puede permitir llegar a la universalización a través de la particularización. No ocurrió eso en la versión del Teatro Caminito bajo la dirección de Madanes. El total osciló entre alguna aproximación a la índole chilena de la comedia, un ritmo musical impregnado de constantes "jazzísticas" y una notoria tendencia de los intérpretes, sobre todo en las partes cantadas, a la inflexión tanguera. En cuanto a lo primero, fue evidente que los actores no lograron superar las dificultades que entrañaba una adecuación al habla chilena (la excepción estaría en Gloria Montes, mejor en el primer acto que en el segundo); las orquestaciones de Roberto Lar crearon un "tempo" bastante insólito para el carácter del asunto y sus protagonistas (el conjunto orquestal formado por Lar, Cholo Carlo, Albertino Corvini, Jorge Padín, Alfredo Remus y Mariano Tito tuvo un excelente desempeño); y algunos agregados injertados por Madanes (la "Tonada de medianoche" bien cantada por Valeria Riz con la réplica coreográfica pobremente vertida por Rogelio Romano, que no puede improvisarse bailarín ni cantante), fueron razones de pronunciados desniveles que se agudizaron a favor de las reiteraciones del original o de su carencia de sorpresas para el espectador.

Por supuesto, Madanes logró eventualmente levantar el nivel de algunas escenas. Pero en general su conducción tuvo decaimientos que tienen que ver con su concepción total del espectáculo y no con posibles y transitorias dilaciones rítmicas. Además, insistió en el juego desde los balcones que el público espera por anticipado y que él le brinda como cansadamente. La coreografía de Crandall Diehl tampoco fue un dechado de originalidad, basada en los mismos movimientos masivos que mostró en "Buenas noches, Carina" o influida por las películas de Fred Astaire (las partes a cargo de Elena Lucena y Tino Pascali, por ejemplo).

En el orden interpretativo se destacaron Gloria Montes, que hacia el final perdió el control sobre su personaje; Jorge Luz, que posee una gracia indiscutible y que sabe administrarla con seriedad; Laura Escalada, de voz muy cultivada y figura fresca y juvenil; Tino Pascali, un profesional que sabe adecuarse a todas las situaciones con sobriedad; Carlos Fioriti, en una composición libre de artificios; y Amanda Beitía, muy convincente en el gracioso personaje a su cargo. Elena Lucena se esforzó por aparecer desenuelada y natural, sin lograrlo, en tanto que Rogelio Romano, que no tiene la figura de un galán romántico, se anuló en la maraña de cantables y bailables para los que no está dotado. Nené Malbrán, Mercedes Escribano, Miguel Angel Castro, Edelma Rosso, Carlos Alvarenga y Juan Angel Voza cumplieron sus partes sin méritos singulares. Por último, un elogio para el armonioso y decorativo vestuario de Eduardo Lerchundi y apenas una mención para los decorados de Miguel Angel Lumaldo, poco imaginativos y a mitad de camino entre la funcionalidad y la reproducción. En resumen: un espectáculo más del Teatro Caminito. Por ser uno más cumplirá su propósito incidental y no pasará a la historia.

Kive Staif